

El espectáculo de las razas

Lilia Moritz Schwarcz

El espectáculo de las razas
Científicos, instituciones y cuestión racial
en el Brasil, 1870-1930

Traducción de Ada Solari

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alejandro Villar

Vicerrector
Alfredo Alfonso

 Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial
Bernal, 2017

Colección Intersecciones
Dirigida por Carlos Altamirano

Moritz Schwarcz, Lilia
El espectáculo de las razas: científicos, instituciones y cuestión racial en el Brasil, 1870-1930 / Lilia Moritz Schwarcz. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2017.
352 p.; 20 x 14 cm. - (Intersecciones / Carlos Altamirano)

Traducción de: Ada Solari.
ISBN 978-987-558-455-6

1. Historia de América del Sur. 2. Brasil. 3. Antropología. I. Solari, Ada, trad. II. Título.

CDD 980

Traducción: Ada Solari

© 1993, por Lilia Moritz Schwarcz

O espetáculo das raças. Cientistas, instituições e questão racial no Brasil, 1870-1930

Publicado no Brasil pela editora Companhia das Letras, São Paulo

© Universidad Nacional de Quilmes, 2017

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-455-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Índice

Agradecimientos	13
Introducción. El espectáculo del mestizaje	17
1. Entre “hombres de ciencia”	33
La llegada de la familia real: el comienzo de una historia de las instituciones educacionales en el Brasil	33
La década de 1870 o “una bandada de ideas nuevas” (S. Romero)	35
2. Una historia de “diferencias y desigualdades”. Las doctrinas raciales del siglo XIX	61
Entre la visión paradisíaca y la detracción	62
La naturalización de las diferencias: el surgimiento de la “raza”	66
3. Los museos etnográficos brasileños. “ <i>Polvo é povo, molusco também é gente</i> ”	95
La “era de los museos”	95
El Museo Nacional o Museo Real: “un museo científico nacional”	99
El Museo Paulista o Museo de Ypiranga: “La ciencia llega a San Pablo”	108
El Museo Paraense Emilio Goeldi: “luz de la ciencia en medio de la selva amazónica”	116

Los museos etnográficos nacionales: “de gabinetes de curiosidades a fachadas”	123
4. Los institutos históricos y geográficos. “Guardianes de la Historia Oficial”	137
El Instituto Histórico y Geográfico Brasileño: “la historia de la corte es la historia de la nación”	139
El Instituto Arqueológico y Geográfico Pernambucano: “El León del Norte”	163
El Instituto Histórico y Geográfico de San Pablo: “el modelo bandeirante”	175
Sobre un modelo de los institutos: una visión oficial y optimista . . .	186
5. Las facultades de Derecho o los elegidos de la nación	195
La Facultad de Derecho de Recife: “el mestizo y la nación en formación”	202
La Academia de Derecho de San Pablo: “liberalismo combina con evolución”.	235
Recife y San Pablo: “en el Brasil el individuo siempre fue letra muerta”	249
6. Las facultades de Medicina o cómo curar un país enfermo	257
La <i>Gazeta Medica da Bahia</i> : “He aquí que la población es mestiza y enferma”	275
El <i>Brazil Medico</i> : “obreros del arte de curar”	295
“Es necesario atender a la raza”	318
Entre el veneno y el antídoto. Algunas consideraciones finales . . .	323
Fuentes y bibliografía	337

Abreviaturas

Instituciones

MN	Museo Nacional o Real
MP	Museo Paulista o Museo do Ypiranga
MPEG	Museo Paraense Emilio Goeldi
IHGB	Instituto Histórico y Geográfico Brasileño
IAGP	Instituto Arqueológico y Geográfico Pernambucano
IHGSP	Instituto Histórico y Geográfico de San Pablo
FDSP	Facultad de Derecho de San Pablo
FDR	Facultad de Derecho de Recife
FMB	Facultad de Medicina de Bahía
FMRJ	Facultad de Medicina de Río de Janeiro

Revistas y periódicos

AMN	<i>Arquivos do Museu Nacional</i>
BM	<i>Brazil Medico</i>
BMPEG	<i>Boletim do Museu Paraense Emilio Goeldi</i>
CP	<i>Correio Paulistano</i>
OESP	<i>O Estado de S. Paulo</i>
GMB	<i>Gazeta Medica da Bahia</i>
RAFDR	<i>Revista Academica da Faculdade de Direito do Recife</i>

RFDSP *Revista da Faculdade de Direito de São Paulo*
RIAGP *Revista do Instituto Archeologico e Geographico Pernambucano*
RIHGB *Revista do Instituto Historico e Geographico Brasileiro*
RIHGSP *Revista do Instituto Historico e Geographico de São Paulo*
RMP *Revista do Museu Paulista*

A Júlia y Pedro

Agradecimientos

Poner el punto final a un libro revela no solo un ejercicio gramatical o la conclusión de una investigación, sino más precisamente el final de una etapa, el comienzo de otra. De hecho, la elaboración de un trabajo de este tipo se parece más a un ejercicio de tozudez, en el que la última palabra no significa un *happy end*, sino la última señal de que, finalmente, es hora de terminar.

En su forma definitiva, el orden, la sucesión de los capítulos, la introducción que anuncia de modo premonitorio la conclusión parecen encubrir los caminos siempre tortuosos de una investigación y los resultados a menudo poco esperados. El documento que no se halló, una hipótesis que no se confirma, una pista que nos lleva en otra dirección.

También es cansadora la posición de los que acompañan las idas y vueltas de un trabajo de este tipo, cuya primera versión fue presentada como tesis de doctorado en la Universidad de San Pablo (USP): a ellos les dedico este libro, como si de algún modo compartiese, en este momento, un resultado que hasta entonces parecía bastante solitario.

A Manuela, orientadora en el primer sentido del término, le agradezco el cuidado, las varias lecturas de las numerosas versiones, el rigor de su análisis.

A los amigos del Instituto de Estudios Económicos, Sociales y Políticos (IDESP), Cecília Forjaz, Fernanda Massi, Fernando Novais, Fernando Limongi, Maria da Glória Boneli Santos, Maria Arminda do Nascimento Arruda, Maria Hermínia Tavares de Almeida, Silvana Ru-

bino y en especial Heloisa André Pontes, un inmenso agradecimiento por su ayuda en la elaboración de este libro. Le debo al profesor Sergio Miceli –que también formó parte del jurado de la tesis de doctorado– una pregunta que me acompañó durante toda la investigación y cuya respuesta aún no tengo certeza de haber hallado por completo: “finalmente, ¿cuál es el argumento?”.

De los colegas del Departamento de Antropología de la USP me queda el recuerdo de la solidaridad. Maria Lúcia Montes fue, en ese sentido, una presencia constante –estuvo presente tanto en los momentos iniciales de la elaboración de la investigación como en el “ritual final de defensa de la tesis”–, siempre iluminada con su afecto y sabiduría. Paula Montero compartió los últimos suspiros y realizó, junto con el equipo del Laboratorio de Antropología Social, un gran sueño: la muestra fotográfica “Hombres de ciencia y la raza de los hombres”, que se llevó a cabo en la USP en octubre de 1993.

Sin el cuidado del personal de la editorial Companhia das Letras, habría sido complicado dar una forma final a este libro. Fátima Augusto me ayudó a organizar el material iconográfico y Maria Emília Bender me enseñó “con cuántas comas se hace una tesis”.

Roberto Schwarz y Roberto Ventura, con sus sugerencias, me ayudaron en diferentes momentos del trabajo. También Mariza Corrêa y Francisco Iglésias, miembros del jurado, con sus lecturas criteriosas y el cariño de siempre contribuyeron para la versión final.

Recibí muchísimos gestos de amistad en las bibliotecas en las que trabajé. En especial, Marita Causin, del Instituto de Estudios Brasileños (IEB), con su alegría en la búsqueda de documentos extraños, me inspiró el gusto por encontrar fuentes supuestamente perdidas.

Tampoco faltaron los amigos. Any Weisbich, Gabi Borger, Guita Debert, Heloisa Prieto, Maria Tereza Sadek, Marta Gronstein, Ornar Ribeiro Thomaz supieron darme su apoyo en los momentos de mayor ansiedad.

La familia –Lelé, Noni, Ju, Beto, Sergio, Omi, Vovô, Ginho, Ciu, Many, Sílvia, Baba, Vova– es la familia... Finalmente, ¿a quién contar

y recontar tantas historias interrumpidas, que solo tienen sentido gracias a un enorme afecto?

Aún faltan Ju y Pê, a quienes les agradezco la paciencia de haber creído que “una tesis algún día se termina”.

Por último, lo más difícil: agradecer a Luiz. Sin él, con certeza, todo habría sido mucho más complicado. Debo decir que más que una dedicatoria, y descontados los deméritos de este libro, lo que él merece de verdad es una especie de coautoría.

Finalmente, es hora de decir que con estos agradecimientos –que aparecen al comienzo, pero son lo último y lo más difícil– termino un trabajo que siempre me pareció que estaba comenzando.

Introducción. El espectáculo del mestizaje

Del color de la raza, aroma y sabor...
“Samba-enredo”, Acadêmicos do Salgueiro, 1992

A fines del siglo XIX, el Brasil era señalado como un caso único y singular de extrema mezcla racial. Un “festival de colores” (Aimard, 1888) según la opinión de ciertos viajeros europeos, una “sociedad de razas cruzadas” (Romero, 1895) según la visión de varios intelectuales nacionales; de hecho, el país era recurrentemente representado como una nación multiétnica. No son pocos los ejemplos que nos hablan acerca de ese “espectáculo brasileño del mestizaje”.

“Formamos un país mestizo [...] somos mestizos, si no en la sangre, al menos en el alma”, definía el crítico literario Silvio Romero, de la Escuela de Recife, al referirse a “la composición étnica y antropológicamente singular” de la población brasileña (Romero, 1949).

En julio de 1911, João Batista Lacerda, por entonces director del Museo Regional de Río de Janeiro, fue invitado a participar del I Congreso Internacional de las Razas como representante de “un típico país mestizado”. La tesis presentada –“Sur le métis au Brésil”– era clara y directa: “el Brasil mestizo de hoy tendrá en el transcurso de un siglo gracias al blanqueamiento su perspectiva, salida y solución” (Lacerda, 1911). El ensayo, ya de por sí contundente, tenía en la tapa una reproducción de un cuadro de Modesto Brocos, artista de la Escuela de Bellas Artes de Río de Janeiro, acompañado de la siguiente leyenda:



En este cuadro de Modesto Brocos están representadas de forma sintética las conclusiones de los teóricos del blanqueamiento: en el transcurso de un siglo, el país sería blanco, como el niño retratado (Museo de Bellas Artes, Río de Janeiro).

“El negro que se vuelve blanco en la tercera generación, por efecto del cruzamiento de las razas” [Le nègre passant au blanc, à la troisième génération, par l’effet du croisement des races].

El autor reconstruía, por medio de imágenes, no solo argumentos sino también perspectivas de la época. El país era descrito como una nación compuesta por razas mezcladas, pero en transición. Esas razas, al pasar por un proceso acelerado de cruzamiento, y depuradas mediante una selección natural (o tal vez milagrosa), llevaban a suponer que el Brasil sería, algún día, blanco.

La “visión mestiza” y singular del país no estaba restringida a los circuitos internos de debate. Estaba presente en la imagen que circulaba en el exterior y en especial en la interpretación de los muchos naturalistas que a lo largo del siglo XIX pasaron por aquí en busca de especímenes raros de la flora y de la fauna, y se encontraron frente al espectáculo de los hombres y la mezcla de razas. “He notado un hecho singular que solo observé en el Brasil: el cambio operado en la población por el cruzamiento de las razas; sin los hijos del sol” [J’ai remarqué un fait singulier que je n’ai observé qu’au Brésil: c’est le changement qui s’est opéré dans la population par les croisement des races, ils sont les fils du sol], concluía Gustave Aimard (1888, p. 255), un viajero francés que estuvo en el Brasil en 1887.

Lo que se destaca en la obra de algunos artistas que acompañaron expediciones científicas, como en el caso de W. Adams, es un Brasil mulato, independientemente del sexo, la raza o la condición social del individuo retratado.

También era mestiza la imagen que Louis Agassiz se llevaba del país en 1865, cuando regresó a los Estados Unidos cargando en el equipaje notas frescas sobre un territorio que se había convertido en el paraíso de los naturalistas. Así describía el lugar, en 1868, el reconocido investigador suizo:

[...] cualquiera que dude de los males de la mezcla de razas y sea proclive, a causa de una equivocada filantropía, a echar abajo todas las barreras que las separan, venga al Brasil. No podrá negar el deterioro que resulta de la amalgama de razas, que está más extendida aquí que en cualquier otro país del mundo, y que va borrando rápidamente las mejores cualidades del blanco, del negro y del indio, para dejar un tipo indefinido, híbrido, con una deficiente energía física y mental (Agassiz, 1868, p. 71).

“Se trata de una población totalmente mulata, con la sangre y el espíritu contaminados y alarmanamente fea” (Raeders, 1988, p. 96), se lamentaba el conde Arthur de Gobineau, que estuvo en Río de Janeiro durante quince meses como enviado francés.



Pareja de la aristocracia agraria, pareja de sertaneros, *capitão do mato* portugués y cargador indígena, todos representados como mestizos (W. Adams, 1832).

En ese como en otros casos, se describía y calificaba al mestizaje existente en el Brasil, y se lo consideraba una pista capaz de explicar el atraso o una posible inviabilidad de la nación. Pero no se trata de acumular casos y citas, sino de poner de relieve una nueva representación de la nación. Junto a un discurso de cuño liberal, ganaba fuerza, a fines del siglo XIX, un modelo racial de análisis respaldado en una percepción bastante consensuada. De hecho, la hibridación de las razas significaba en ese contexto “una confusión”, como concluía el periódico *A Província de São Paulo* en 1887.

En los periódicos, en los censos, los datos cuantitativos confirmaban las aprensiones teóricas. Mientras que el número de esclavos se reducía de manera drástica –la población esclava, que en 1798 representaba 48,7%, había pasado en 1872 a 15,2%–, la población negra y mestiza tendía progresivamente a aumentar, de modo que, según el censo de 1872, llegaba a 55% del total. Desde esa misma perspectiva, los datos de 1890 parecían aún más aterradores. Así, si en la región sudeste (debido, sobre todo, a la inmigración europea) la población blanca predominaba –61%–, en el resto del país la situación se invertía, de modo que los mestizos llegaban a sumar 46% de la población local (cuadro 1).

Cuadro 1. Composición de la población en 1890

	Sudeste	%	Resto do país	%	Brasil	%
Blanca	2.607.331	61,6	3.694.867	36,5	6.302.198	44,0
Mulata	1.024.313	24,6	4.909.978	48,5	5.934.291	41,4
Negra	583.359	13,8	1.514.067	15,0	2.097.426	14,6
Total	4.215.003	100	10.118.012	100	14.333.915	100

(Datos extraídos de Hasenbalg, 1979, p. 149, cuya fuente es el censo demográfico de 1890.)

Observado con atención por los viajeros extranjeros, analizado con escepticismo por científicos norteamericanos y europeos interesados en la cuestión racial, temido por gran parte de las élites intelectuales lo-

cales, el cruzamiento de razas era considerado, en efecto, una cuestión central para la comprensión de los destinos de la nación.

Teniendo en mente esa “representación mestiza” que se hacía del país y la gran incidencia de teorías que daban prioridad al tema racial en el análisis de los problemas locales, el propósito de este trabajo es entender la relevancia y las variaciones en la utilización de ese tipo de teoría en el Brasil, en el período que va de 1870 a 1930.

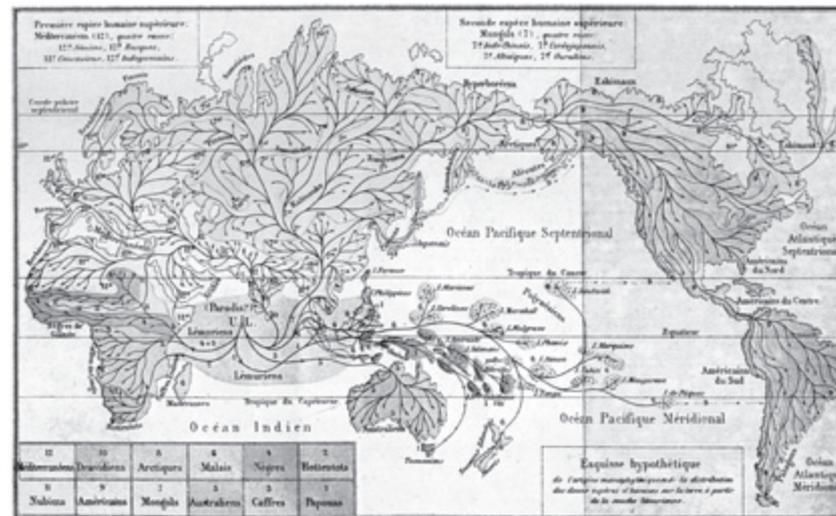
Las teorías raciales, que habían sido un modelo exitoso en Europa a mediados del siglo XIX, llegaron tardíamente al Brasil pero fueron acogidas con entusiasmo, en especial en los diversos establecimientos científicos de enseñanza e investigación, que eran en aquella época los centros donde se congregaba la reducida élite intelectual nacional.

Ahora bien, la entrada y la aceptación de esas nuevas interpretaciones no fueron un hecho aislado. En efecto, la década de 1870 fue escenario de una serie de fenómenos que convivieron de forma tensa. Por un lado, 1871 es un año clave en el desmantelamiento de la esclavitud, ya que la Ley del Vientre Libre anunciaba la caída de un régimen de trabajo que se había arraigado mucho tiempo atrás.

Por otro lado, la década de 1870 es vista como un marco para la historia de las ideas en el Brasil, puesto que representa el momento de entrada de un nuevo ideario positivo-evolucionista en el que los modelos raciales de análisis desempeñan un papel fundamental.

Por último, el mismo período comprende un momento de fortalecimiento y maduración de algunos centros de enseñanza nacionales –como los museos etnográficos, las facultades de derecho y medicina, y los institutos históricos y geográficos–, que solo a partir de entonces configurarían perfiles propios y establecerían modelos alternativos de análisis.

Así, dentro de ese contexto específico, será interesante indagar acerca de la inserción y la incorporación de las teorías raciales, y sobre todo de su vigencia contemporánea a la de los modelos liberales de acción política y de concepción del Estado. Dando lugar a una interesante paradoja, liberalismo y racismo encarnaron en ese momento dos grandes



Mapamundi de las diferentes razas humanas, un ejemplo de la acción del determinismo geográfico (E. Haeckel, 1884).

modelos teóricos explicativos, que tuvieron en el Brasil un éxito equivalente y sin embargo contradictorio: el primero se basaba en el individuo y en su responsabilidad personal; el segundo desplazaba la atención puesta en el sujeto para centrarla en el accionar del grupo, que a su vez era entendido como el resultado de una estructura biológica singular.

Muchos estudios se han detenido en el análisis de la relevancia del liberalismo en el Brasil de fines del siglo XIX (Viotti da Costa, 1977; Schwarz, 1977; Faoro, 1977); sin embargo, pocos fueron los trabajos que con el mismo cuidado reflexionaran sobre la influencia que los modelos raciales tuvieron sobre la producción científica y cultural del período, o sobre la utilización paralela de esos dos modelos, en principio, excluyentes. A veces consideradas como “subciencia”, otras como copias desautorizadas del imperialismo europeo, las teorías raciales de amplia vigencia en el período fueron condenadas antes de que se comprendiera su oportunidad y especificidad en el contexto de su época.

Si algunas doctrinas como el positivismo, en virtud de su penetración sobre todo en los medios militares, fueron estudiadas de manera más exhaustiva por parte de los científicos sociales (Torres, 1943; Nascimento, 1989; Cruz Costa, 1967; Lins, 1964), ese no fue el caso de las teorías raciales. Estos modelos deterministas fueron finalmente tratados de un modo particularmente caricaturesco en lo que atañe a su contenido, pues sobrevolaba una especie de mala conciencia en relación con la amplia acogida que las doctrinas habían tenido en el territorio nacional.

Al analizar el conjunto de esa producción, los comentaristas actuales se guiaron más por la forma que por el contenido de las obras y así llegaron a la conclusión de que esos autores formaban parte de una “prehistoria de las ciencias sociales” (Santos, 1978, p. 26). Los teóricos y las escuelas anteriores al establecimiento de las universidades en el Brasil fueron vistos como creadores de copias inauténticas, reproductores de modelos que se referían a realidades, en esencia, distintas de la nuestra.

Algunos autores siguieron más de cerca este tipo de interpretación. Tal es el caso de la conocida obra de Nelson Werneck Sodré, *História da literatura brasileira* (1938), en la que el autor establece correlaciones claras entre las teorías raciales deterministas y el movimiento imperialista europeo. Para este historiador, la aplicación de dichos modelos “se vinculaba mucho más con las influencias externas que con los requerimientos del ambiente nacional”, por lo que era “el resultado de un proceso europeo y de sus influencias” (1982, pp. 357-358). La cuestión de la copia es por lo tanto central para el autor, que llega a la conclusión de que “donde hay imitación formal no puede haber ni originalidad ni autonomía” (Sodré, 1982, p. 19).

En 1954, Dante Moreira Leite publicó *O caráter nacional brasileiro*, donde asumía posiciones semejantes a las ya expuestas. Según este autor, “las teorías raciales aquí empleadas serían un reflejo de las doctrinas utilizadas por los ideólogos del imperialismo, que justificaban la dominación europea sobre los demás pueblos” (Leite, 1983, p. 362). Así, se entiende la adopción de tales doctrinas solo a partir de la incapacidad

de los interlocutores de la época, como si el ambiente local no estuviese maduro para nada que fuera más allá de la mera repetición:

Una forma de explicar contradicciones evidentes sería decir que absorbieron las teorías de la época y como esas teorías estaban equivocadas, fatalmente provocarían contradicciones cuando se las aplicase a casos concretos. [...] Aparentemente, no tenían recursos intelectuales para oponerse a los maestros europeos y eso los obligaba a repetir afirmaciones que la realidad desmentía a todo momento (Leite, 1983, p. 204).

El tema cobra mayor visibilidad con el análisis de João Cruz Costa, *Contribuição à história das ideias no Brasil* (1956). A partir de ese texto, la cuestión se volvería más compleja, puesto que el autor establecía nexos entre la penetración de esas nuevas ideas y su utilización por parte de grupos urbanos ascendentes. Ahora bien, ese empeño por buscar una coherencia interna en la utilización de las teorías raciales en el Brasil no se sostiene a lo largo de todo el libro. Principalmente, en la conclusión de la tesis, el profesor Cruz Costa vuelve a la interpretación dominante, ya que califica a la entrada de tales modelos deterministas como el resultado de una dudosa importación: “Resumiendo lo que he dicho, lo que me impresionó cuando procuré estudiar la evolución y la filosofía en el Brasil fue la larga y variada importación de ideas y doctrinas contradictorias que hemos estado haciendo en el curso de nuestra historia” (Cruz Costa, 1956, p. 413).¹

En 1976, la cuestión es retomada por el brasileñista Thomas E. Skidmore, que había pensado en un comienzo llevar a cabo un estudio de la “cultura en el Brasil en el período que va de 1870 a 1930” (Skidmore, 1976, p. 12), pero finalmente optó por el análisis de las doctrinas raciales predominantes en aquel momento. En sus conclusiones, Skidmore

¹ La producción intelectual de la época se resume, según ese filósofo, en “una copia desautorizada”, y solo se recupera tras la “Primera Guerra Mundial, cuando el pensamiento brasileño adquirió mayor independencia” (Cruz Costa, 1956, p. 417).

termina sumándose al coro de los que impugnan la pertinencia de dichas teorías cuando son aplicadas al contexto brasileño:

El pensamiento racial que generaba una discusión abierta en Europa [...] llegaba al Brasil habitualmente sin ningún espíritu crítico [...]. Sin ideas propias en su cultura, imitativos en el pensamiento [...], los brasileños de mediados del siglo XIX, como tantos otros latinoamericanos, estaban mal preparados para discutir las últimas doctrinas europeas (Skidmore, 1976, p. 13).

La crítica a esas obras no se refiere, por cierto, a su empeño por contextualizar o establecer correlaciones entre ese tipo de producción racial y las prácticas imperialistas. Tampoco se pretende encuadrarlas a partir de una sola cuestión, ya que los trabajos referidos son fundamentales para la reconstrucción del período. Lo que se cuestiona es el presupuesto presente en el conjunto de esos libros, que lleva a encarar los diferentes textos publicados en el período exclusivamente como productos de su contexto (Candido, 1978, p. 68), ya que se considera que la realidad política es suficiente para caracterizar toda la producción.²

Así, en estos análisis, se caracteriza a las obras como reflejos cristalizados, que remiten de inmediato al contexto explicativo, y a los autores –y sus intentos de interpretación– como inmaduros.

Sin embargo, los mismos críticos contemporáneos que señalaron las trampas presentes en el pensamiento social del siglo XIX terminaron cayendo en ellas. Reactualizaron argumentos de la época que sugerían que “la copia era nuestro mayor mal [...] junto con la manía de pasar por lo que no somos” (Romero, 1910, p. 114).³ Si es posible pensar en las

² Como afirma Wanderley Guilherme dos Santos, se toman en cuenta solo los factores sociales, bajo el supuesto de “que todo pensamiento remitiría de forma clara y racional a la estructura social, por lo que bastaba con imaginar las mediaciones necesarias” (1978, pp. 27-29).

³ En 1848, Domingos José Gonçalves de Magalhães, en las páginas de la *Revista do IHGB*, defendía interpretaciones de índole semejante: “extranjeras son nuestras instituciones, mal

teorías de esos científicos como resultado de un momento específico, también es preciso entenderlas en su movimiento singular y creador, haciendo hincapié en los usos que esas ideas tuvieron en el territorio nacional. A fin de cuentas, llamar a dichos modelos “precientíficos” significa caer en cierto reduccionismo, dejando de lado el accionar de intelectuales reconocidos en la época, e incluso desconocer la importancia de un momento en que la correlación entre producción científica y movimiento social se muestra de forma bastante evidente.

En realidad, lo que se intenta hacer en este trabajo es una historia social de esas ideas, o “una historia constructivista de la ciencia” (Stepan, 1991; Kuhn, 1962; Darnton, 1990), en la que tengan cabida tanto la dinámica de reconstrucción de conceptos y modelos como el contexto en el que esas teorías se insertan, el cual a su vez les confiere nuevos significados. Así, lo que interesa comprender es el modo en que el argumento racial se construyó política e históricamente en aquel momento, así como el concepto de *raza*, que además de su definición biológica tuvo finalmente una interpretación sobre todo social. No se lo trata como un concepto cerrado, fijo y natural, sino como un objeto de conocimiento, cuyo significado será constantemente renegociado y experimentado en ese contexto histórico específico, que tanto invirtió en modelos biológicos de análisis.

Lo que se puede decir es que las élites intelectuales locales no solo consumieron ese tipo de literatura, sino que también la adoptaron de manera original. Eran diferentes los modelos y diversas las consecuencias teóricas. En un contexto caracterizado por el debilitamiento y el fin de la esclavitud, y la realización de un nuevo proyecto político para el país, las teorías raciales parecían un modelo teórico viable en la justificación del complicado juego de intereses que se estaba configurando. Más allá de los problemas apremiantes relativos a la sustitución de la mano de obra o incluso a la conservación de una jerarquía social bas-

e intempestivamente injertadas, contrarias a nuestras costumbres y tendencias naturales y en desacuerdo con la vastedad de un territorio sin tamaño y diferencias de clase”.

tante rígida, parecía necesario que se establecieran criterios diferenciados de ciudadanía.

Es en ese sentido como el tema racial, a pesar de sus implicaciones negativas, se convierte en un nuevo argumento exitoso para la afirmación de las diferencias sociales. Ahora bien, la adopción de dichas teorías no podía ser tan inmediata. Por un lado, los modelos parecían justificar científicamente organizaciones y jerarquías tradicionales que por primera vez –a partir del fin de la esclavitud– comenzaban a ser públicamente puestas en cuestión. Pero por otro lado, debido a su interpretación pesimista del mestizaje, tales teorías finalmente hacían inviable un proyecto nacional que apenas se había comenzado a construir.

En la brecha de esa paradoja –en la cual reside la contradicción entre la aceptación de la existencia de diferencias humanas innatas y el elogio del cruzamiento–, se halla la salida original que encuentran esos hombres de ciencia, que adaptaron modelos cuyas consecuencias teóricas eran originalmente distintas. Del darwinismo social se adoptó el supuesto de la diferencia entre las razas y su jerarquía natural, sin que se problematizaran las implicancias negativas de la mezcla racial. De los principios del evolucionismo social se destacó la noción de que las razas humanas no se mantenían estancadas, sino en constante evolución y “perfeccionamiento”, omitiendo la idea de que la humanidad era una. Se buscaban, por lo tanto, en teorías formalmente excluyentes, aplicaciones y consecuencias inusitadas y paralelas, transformando así modelos de difícil aceptación local en teorías exitosas.

Los personajes de esta investigación son esos –hoy oscuros– “hombres de ciencia” que a fines del siglo XIX, y dentro de los establecimientos en los que trabajaban, asumieron la quijotesca tarea de adoptar una ciencia positiva y determinista, y valiéndose de ella, liderar y ofrecer salidas para el destino de la nación. Mezcla de científicos y políticos, de investigadores y literatos, de académicos y misioneros, estos intelectuales se moverán dentro de los incómodos márgenes que los modelos les dejaban: entre la aceptación de las teorías extranjeras –que condenaban el cruzamiento racial– y su adaptación a un pueblo que a esa altura ya estaba muy mestizado.

En gran medida, estos científicos discutían y producían sus ideas en los centros de los que formaban parte y las vehiculizaban a través de ellos. Así, la opción fue vincularlos a las diferentes instituciones en las que participaban, las cuales constituían su mayor contexto de discusión intelectual. Más allá de su diversidad y de sus distintos modos de acción, estos establecimientos son decisivos para comprender las diferentes concepciones que aquí se produjeron y para darle la palabra a otro tipo de intelectuales, que a la larga pasarían al olvido al igual que su trabajo interno, pero que son relevantes para la reconstrucción de las interpretaciones de la época.

En las diferentes instituciones, la discusión acerca de la cuestión racial tuvo en aquel momento un papel central, y surgieron tesis alternativas y contemporáneas. De la *frenología* de los museos etnográficos a la lectura fiel de los *germánicos* en la Escuela de Recife, pasando por el análisis liberal de la Facultad de Derecho paulista o por la interpretación “*católico-evolucionista*” de los institutos, para llegar al modelo “*eugenésico*” de las facultades de Medicina, es posible rever los diferentes trayectos que recorre una misma teoría.

El desafío de entender la vigencia y la absorción de las teorías raciales en el Brasil no reside, por lo tanto, en detectar el uso ingenuo que se hizo del modelo extranjero, y como tal desconsiderarlo. Más interesante es reflexionar acerca de la originalidad del pensamiento racial brasileño, que, en su empeño de adaptación, actualizó lo que combinaba y descartó lo que de cierta forma era problemático para la construcción de un argumento racial en el país.⁴

Decía el viajero francés Gustave Aimard: “El Brasil tiene hoy en día un pueblo, no tiene todavía más que una nacionalidad ficticia; lo que hace al pueblo es la raza” [Le Brésil a aujourd’hui un peuple, il n’a encore qu’une nationalité factice, ce qui fait le peuple, c’est la race (Ai-

⁴ Richard Morse (1988), a pesar de no tratar exactamente el mismo tema, también busca, por medio de la imagen del espejo, una singularidad en las culturas latinoamericanas y una identidad histórica que no habría sido solo un proyecto frustrado.



Museo Paulista (de Ipiranga),
San Pablo.

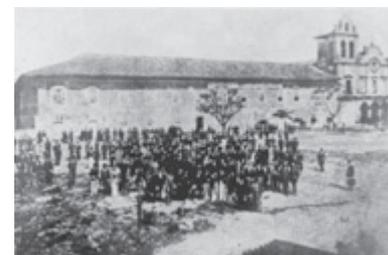


Museo Emilio Goeldi, Belém.

Museo Histórico Nacional, Río
de Janeiro.

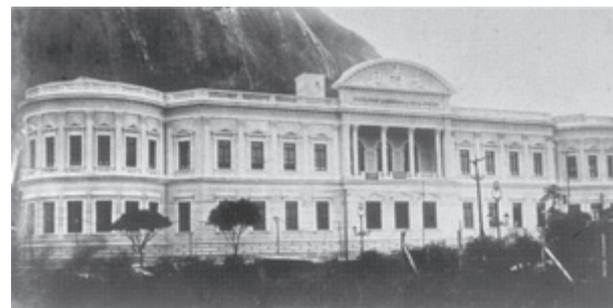


Facultad de
Derecho, Recife.



Facultad de
Medicina de Bahía,
Salvador.

Facultad de
Derecho, San Pablo.



Facultad Nacional
de Medicina, Río de
Janeiro.

mard, 1888, p. 255)]. Frente a la diseminación de la explicación racial, sumada al pesimismo de los pronósticos y de los análisis científicos de la época, esos “hombres de ciencia” tenían que intervenir dentro de los estrechos límites que las teorías les permitían. A pesar de que fueran las respuestas de un grupo reducido, que hizo de una ciencia positiva y determinista su modelo privilegiado de explicación, y de que hoy nos parezcan fechadas, el hecho es que el modelo racial fue ampliamente asumido en aquel momento y llegó a constituir un argumento, casi consensuado, para una cuestión constantemente planteada y pocas veces respondida: *finalmente, ¿qué país es este?*

La indagación acerca de la lógica de la utilización de esos modelos en un contexto marcado por el fin de la monarquía y los *impasses* de la República Vieja significó, finalmente, un esfuerzo de reconstrucción de un universo intelectual distante, con sus presupuestos racistas abiertamente postulados, pero que es testimonio de un momento destacado de la historia intelectual brasileña hoy bastante renegado. La década de 1930 fija, en ese sentido, los límites máximos de este texto. En ese momento coinciden la decadencia de un paradigma teórico —el evolucionismo social—, que había informado y configurado a buena parte de los establecimientos en cuestión, y una creciente fragilidad de esos mismos institutos, que ven amenazados su predominio y su autonomía a raíz de la fundación de las primeras universidades del país. Como decía en 1927 un profesor de la Facultad de Derecho de Recife: “todo cambió, el tiempo cambió, el espíritu no podía seguir siendo el mismo”.

Ahora bien, el momento que delimita el comienzo de este libro es otro. Lejos de las críticas a los postulados evolucionistas y del elogio a las perspectivas culturalistas, esos científicos vivían en sus instituciones la certeza de estar dictando los destinos de la nación. Es preciso volver a la década de 1870 y buscar en aquellos hombres, en sus centros, en los modelos raciales seleccionados y en los conceptos de raza, ciudadanía, pueblo y nación, que ellos elaboraron, los elementos privilegiados para entender otro momento en que una vez más se redescubría al mismo país.

1. Entre “hombres de ciencia”

En la era de la electricidad y del vapor, la década sustituye al siglo.

IHGB, t. XXII, 1859, p. 683.

La llegada de la familia real: el comienzo de una historia de las instituciones educacionales en el Brasil

La construcción de una red estable de instituciones del saber en el Brasil es bastante reciente. Controlada por los jesuitas, la educación en la colonia portuguesa se limitaba a las escuelas elementales y no había centros de investigación o de formación superior.¹

Esa situación se mantuvo sin cambios hasta comienzos del siglo XIX, cuando don Juan VI trasladó al Brasil no solo la mayor parte de su corte, sino también la dominación metropolitana. Escapando de las tropas de Junot, el monarca portugués desembarcó en la colonia en 1808 con la firme intención de establecer en el país instituciones centralizadoras que reprodujesen a la perfección la antigua dominación colonial (Corrêa, 1982; Azevedo, 1956; Carvalho, 1980).

Ahora bien, dotar a la colonia de establecimientos educativos no significó solo un esfuerzo en favor de la centralización del poder. Tam-

¹ Según Azevedo (1956), hasta ese momento la educación institucional había estado muy por debajo de la existente en la América española.